

de gobernador; mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme, con la sujecion del gobierno, entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de cómo suelen salir los gobernadores de otras insulas: y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.—No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Recio; que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor; y, en lo de la comida, yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.—Tarde piache, respondió Sancho: ¡así dejaré de irme, como volverme turco! No son éstas burlas para dos veces. ¡Por Dios, que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas! Yo soy del linaje de los *Panzas*, que todos son testarudos; y, si una vez dicen *nones*, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo, con pié llano; que, si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde.” Á lo que el mayordomo dijo: “Señor gobernador: de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á deseárele; pero ya se sabe, que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia: déla vuesa merced, de los diez dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios.—Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas que, saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.—¡Par Dios, que tiene razon el gran Sancho! dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle.” Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo, que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él; que, pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

RESOLVIÉRONSE el duque y la duquesa, de que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo, por la causa ya referida, pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el duque á Don Quijote, cómo desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria cómo la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo, á la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las insulas del mundo. Sucedió pues, que, no habiéndose alongado mucho de la insula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era insula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que, por el camino por donde él iba, venian seis peregrinos, con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando,

los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y, levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué una palabra que claramente pronunciaba *limosna*; por donde entendió, que era limosna la que en su canto pedian; y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo, diciéndoles por señas que no tenia otra cosa qué darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron: "Güelte, güelte.—No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente." Entonces, uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostróselo á Sancho; por donde entendió, que le pedian dineros; y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenia ostugo de moneda; y, picando al rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo: "¡Válame Dios! ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo, sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho." Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino; y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero, viendo su suspension el peregrino, le dijo: "¡Cómo! y ¿es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote, el morisco, tendero de tu lugar?" Entonces, Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente, le vino á conocer de todo punto; y, sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dijo: "¿Quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote? y ¿cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde, si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura?—Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy que, en este traje, no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente: yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de Su Majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste." Hizolo así Sancho; y, hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo; y, haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que, si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron

asimismo un manjar negro, que dicen que se llama *cabial*, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero, lo que mas campeó en el campo de aquel banquete, fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia trasformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer, con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego, al punto, todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; antes, por cumplir con el refran que él muy bien sabia, de *cuando á Roma fueres, haz como vieres*, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empuñadas; pero la quinta no fué posible, porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: "Español y tudesqui, tuto uno bon compañero;" y Sancho respondia: "Bon compañero, jura Di;" y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque, sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabárseles el vino, fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

"Bien sabes, ¡oh Sancho Panza, vecino y amigo mio! cómo el pregon y bando que Su Majestad mandó publicar contra los de mi nacion, puso terror y espanto en todos nosotros; á lo menos, en mí le puso de suerte, que me parece que, antes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra dónde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, y ir á buscar dónde llevarla con comodidad, y sin la-priesa con que los demás salieron; porque bien ví, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su